

PROBLEMAS Y RETOS DE UNA HORA DE ESPAÑA (II)

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Luis García Delgado *

Justificaré, antes que nada, el título que doy a esta exposición. Es el mismo que elegí el curso pasado –de ahí el II–, pero no se trata, propiamente, de una segunda parte. En común tienen, eso sí, el afán de captar el pulso de la economía y la sociedad españolas en los días que corren; en la anterior ocasión me fijé para ello en algunos hechos que me parecían especialmente expresivos del tono de la vida española –digámoslo al modo orteguiano– en el arranque de este nuevo siglo; ahora trataré de detectarlo a través de varios acontecimientos que se han sucedido a lo largo de los últimos meses, durante el año 2006. La elección de unos y otros –los hechos o acontecimientos que me sirven de guía–, responde a un criterio muy personal, que ojalá no se considere del todo arbitrario.

A efectos sistemáticos, se sigue el orden cronológico de lo que es objeto de comentario, excepto en los epígrafes de apertura y cierre, que tratan en ambos casos de contemplar en su conjunto el curso del año.

I. UN CONTRASTE CLAMOROSO

Si para caracterizar la situación española más actual sólo pudiera entresacar un único rasgo, optaría por subrayar el contraste entre lo que tiene protagonismo en el plano político y lo que marca el rumbo del quehacer de la sociedad, y no ciertamente en ámbitos marginales de ésta. Veámoslo desde un doble ángulo.

* Sesión del día 7 de noviembre de 2006.

Por una parte, resulta llamativo, cuando menos, el contraste entre el incesante y cada vez más intenso proceso de extraversión de las empresas españolas y el ensimismamiento que se ha adueñado de la política con mayor eco en los medios de comunicación. Es como si se tratara de dos esferas cuyos movimientos y orientación fueran prácticamente opuestos. De un lado, en efecto, ese soberbio despliegue de capacidad emprendedora y gerencial que está llevando a las empresas españolas a posiciones prominentes en Europa, a la vez que abre las puertas de América del Norte y de Asia, en una estrategia de internacionalización que, iniciada con buen criterio por Iberoamérica hace apenas un decenio, no deja de sorprender por su empuje y audacia. Con una sucesión de reseñables iniciativas que en lo que llevamos de año ha tenido dos operaciones estelares: la pactada fusión de Abertis con su, hasta ahora, socio italiano Autoestrade, fusión que convertirá a la firma española en líder europeo en gestión de infraestructuras, y la adquisición por Ferrovial del mayor gestor de aeropuertos del mundo, BAA, en el Reino Unido.

El salto internacional de la empresa española que ello supone es muy considerable, y se da en una dirección en la que no existe ninguna ventaja de partida que no sea –repárese en esto– eficacia gestora y visión estratégica. Se trata, sin duda, de una firme determinación a favor de mirar hacia fuera, de ampliar horizontes, haciendo coincidir la nueva frontera del quehacer empresarial español con los lindes de la economía global. Un resolutivo empeño que aglutina y combina el aporte de dos generaciones de directivos: la experiencia y el criterio de los mayores –un escalón generacional formado por los nacidos durante o poco después de la Guerra Civil– y la mejor formación técnica y la gestión más profesionalizada de sucesivas promociones de quienes, más jóvenes, han completado sus estudios universitarios en buenos centros de postgrado.

Todo ello hace que el contraste con lo ofrecido en el otro lado, en el dominio más publicitado de la política, sea enorme. Ahí lo que impera son las cuestiones domésticas, y mejor cuanto más particulares; ahí lo que se dirime es la diferenciación de territorios en el interior del propio recinto nacional, y mejor cuanto más marcadas queden las rayas. La atención, en definitiva, se dirige hacia dentro, en un ejercicio de introspección tan fatigoso como en gran parte estéril.

Un agudo contraste, en definitiva. El mismo que, mediado el presente año, se podía advertir con ocasión de la concesión del Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica al físico Juan Ignacio Cirac, en una convocatoria que situó también como finalistas, entre varias decenas de eminentes candidatos de todo el mundo, a otros dos españoles: el biólogo Ginés Morata y el químico Avelino Corma; tres nombres –Cirac, Morata y Corma– que dice mucho del logrado esfuerzo que han hecho dos hornadas de investigadores españoles por ampliar su formación en centros universitarios de referencia internacional, primero, y después por realizar un trabajo de calidad reconocida en Estados Unidos y Europa. Cirac es un

catalán de 41 años criado en Madrid, que completó sus estudios en la Universidad de Colorado para desarrollar después una intensa labor investigadora en Estados Unidos, Austria, Alemania, Reino Unido y Francia, dirigiendo desde hace ya varios años el departamento de Teoría en el prestigioso Instituto Max Planck de Óptica Cuántica, en las afueras de Munich, al frente de un equipo de veinte científicos, entre los que se cuentan –conviene anotarlos– siete españoles; al escalón generacional precedente pertenecen Corma y Morata, valenciano el primero de 1951 y andaluz el segundo de 1945, con biografías que expresan también esa obligada tensión internacionalizadora cuando se trata de hacer ciencia homologable.

Pero démonos ahora de nuevo la vuelta, y miremos hacia el otro lado de escena. El mismo día que el jurado del Premio Príncipe de Asturias deliberaba, todas las fuerzas políticas representadas en las Cortes de Aragón aprobaban por unanimidad desvincular a esa Comunidad Autónoma de la Eurorregión Pirineos-Mediterráneo promovida en 2004 por la Generalitat catalana, moción concebida como respuesta a la que dos días antes aprobó el Parlamento catalán paralizando los trámites para la entrega de las obras de arte sacro de las parroquias de Barbastro-Monzón, ahora en depósito en el museo diocesano de Lleida. Más aún: en esos mismos dos días de finales de mayo, el Gobierno murciano anunciaba recursos de inconstitucionalidad contra los estatutos andaluz y catalán por supuesto “blindaje” –¡he aquí el vocablo!– de cuencas hidrográficas, sumándose así Murcia a la pugna por la gestión de los ríos españoles que mantienen otras seis Comunidades Autónomas.

El contraste entre unos y otros hechos es, repito, clamoroso. E inquietante, en tanto que delata el peligro de divorcio entre dirigentes políticos y sociedad civil, el peligro de poner la atención en infructuosos empeños –identidades, pertenencias, límites– que, cuando menos, distraen de los grandes retos que este siglo ha comenzado trayendo consigo. Cuando el horizonte de nuestras mejores empresas es la economía global, aquí nos demoramos en remarcar las diferencias entre regiones –o entre “nacionalidades” y “realidades nacionales”, que de todo hay–; cuando la geoestrategia planetaria se convulsiona por el poder ascendente de los gigantes asiáticos, aquí nos enzarzamos por la titularidad de archivos, cuencas o patrimonios artísticos; cuando el flujo inmigratorio multiétnico desborda todas las previsiones, aquí nos desvelamos por afirmar “lenguas propias”, ninguneando de paso al español, ese otro poderoso resorte de internacionalización de que dispone España.

II. FIGUERUELAS COMO EJEMPLO

Iniciemos ahora el recorrido por orden cronológico. Los primeros meses de 2006 depararon una novedad de gran alcance para nuestro sector industrial, aunque el alborotado patio de vecindad que reflejan los medios de comunicación

de difusión nacional le restara eco. Me refiero a la renovación de la apuesta de algunas de las mayores multinacionales del automóvil por sus plantas en España: General Motors, comprometiendo la continuidad de Figueruelas, Renault la de Valladolid, Nissan la de Ávila y, aunque con reservas, Volkswagen la de Pamplona. Todo un feliz suceso, sin duda alguna: una cuádruple apuesta de futuro, cuando son más de 70.000 los empleos eliminados en Europa durante los dos últimos años en la industria del automóvil, un sector inmerso en procesos de deslocalización a escala continental, ante el reclamo de las fábricas más baratas de los países del Este; un logro sobresaliente, dicho de otro modo, al afianzar en nuestro país un sector que, con sus 18 plantas de ensamblaje y 4 millones de vehículos al año, aporta el 6% del PIB y el 10% del empleo, directa o indirectamente, siendo nuestra primera industria exportadora (la tercera del mundo) y también la primera a la hora de generar ingresos tributarios.

La alta significación de lo acontecido no es, por lo demás, sólo cuantitativa ni de alcance sólo sectorial; emite una señal inequívoca de cómo es posible avanzar en el terreno crucial de la competitividad. El acuerdo para fabricar el nuevo Opel Meriva en la planta zaragozana de la General Motors es a este respecto modélico. Tres impulsos han sumado sus efectos para conseguirlo: primero, un plan empresarial que, a partir del trabajo de un equipo de ingenieros muy cualificado, aquilata costes de producción de manera óptima; segundo, la tan discreta como eficaz mediación del gobierno autonómico y, en tercer lugar, el ejercicio de responsabilidad que los representantes de los trabajadores han hecho, asumiendo determinados costes –congelación salarial– y condiciones –flexibilización de la jornada–, lo que ha devenido decisivo para que la carta española de Figueruelas haya ganado a la polaca de Gliwice, donde los empleados cobran la mitad. Tres palancas impulsoras, en suma, con un común objetivo: incrementar la productividad, la única baza ganadora a medio y largo plazo.

Por eso Figueruelas se erige en ejemplo muy por encima de su inmediato contorno territorial, aunque también ahí (66 empresas proveedoras, 7000 empleos) contribuya a vigorizar el centro del actual eje del pleno empleo en España: ese que arranca de Madrid para dirigirse, a través del corredor del Henares, hacia la capital de Aragón, desde donde, tras un quiebro, se adentra de lleno en Navarra.

Volvamos al principio. Que la alicorta actualidad política e informativa española para lo que exige el tiempo que viene, no nos impida apreciar signos positivos de lo que se mueve en la dirección correcta, particularmente lo que concierne a la voluntad y a la capacidad de empresarios y sindicatos –auténticos factores de vertebración en la España de nuestro tiempo– para afrontar los verdaderos problemas. Una aspiración que se nutre, no se olvide, de firme determinación. “Destino: querer ser”, dejó escrito Jorge Guillén.

III. ENERGÍA: EL TIEMPO APREMIA

Avanzado ya el año, al final del mes de abril una triple coincidencia invitó a situar el problema energético –esto es, la garantía de disponibilidad continuada de energía “segura, competitiva y sostenible”– en primer plano: el vigésimo aniversario del accidente de Chernobil, el nuevo récord alcanzado entonces por el precio del crudo y el cierre de la central nuclear de Zorita, en la provincia de Guadalajara. Lo primero debería aprovecharse no sólo para alertar, una vez más, de los riesgos; también para honrar la memoria de quienes con su sacrificio –cien jóvenes bomberos– evitaron que el mayor desastre en la historia del átomo pacífico se transformase en un Apocalipsis (y sigo literalmente los términos que empleara Carlo Rubbia, premio Nobel de Física, en su libro *El dilema nuclear*). Lo segundo, para considerar cuidadosamente los factores que motivan el alza del petróleo, y no sólo para lamentar ese encarecimiento. Lo tercero, en fin, para abrir entre nosotros, sin tapujos, el debate sobre la energía nuclear, pues el tiempo no deja otra opción: el calendario previsto para el cierre de las centrales españolas ha arrancado el 30 de abril con Zorita y estará culminado en apenas ocho años, antes de que termine 2014 (por cierto, mientras aquí clausuramos las centrales de 1ª y 2ª generación, en Finlandia y Francia construyen las de 3ª, más potentes y seguras).

Como el tema ha sido aquí, en esta Real Academia, amplia y bien tratado, seré ahora muy conciso. Me limitaré a subrayar –sin ánimo, desde luego, de originalidad– los tres rasgos que dominan el panorama energético nacional, cuando los mercados internacionales se tensionan tanto por factores geopolíticos como por el poder enorme y sostenido de la demanda (no se olvide que, aunque los precios del crudo se hayan moderado en la segunda mitad del año, el FMI ya ha realizado ejercicios de simulación hasta con 120 dólares el barril, esto es, casi al doble de la cotización actual).

Tres son, en efecto, los rasgos más generales que caracterizan la situación energética en España: la alta y creciente intensidad del consumo, que nada bueno expresa en términos de eficiencia en el empleo de la energía final; el escaso grado de autoabastecimiento y, en tercer lugar, la vulnerabilidad que acarrea el que los suministros procedan de países con acusada conflictividad, y no sólo latente. A todo lo cual hay que añadir lo tardío de los procesos de diversificación a favor de las energías renovables y el bloqueo de la nuclear, a partir de una moratoria forzada en su día –nadie debe ignorarlo– por los actos terroristas que detuvieron la construcción de Lemoniz. No sólo de parsimonia ha pecado la política energética española durante decenios enteros. Un terreno que bien valdría el esfuerzo de un pacto de Estado, ya que cualquier planteamiento alternativo al actual excede con mucho al período máximo sobre el que un gobierno está dispuesto a pensar, prever o programar.

IV. LA BUENA COSECHA DE JUNIO

Cerca del ecuador del año, en el curso del mes de junio dos hechos muy distintos han permitido apreciar, cada uno a su modo, ingredientes muy apreciables de fortaleza y creatividad en nuestro tejido social y económico. Por un lado, los acuerdos sobre la reforma laboral y la reforma del sistema público de pensiones; por otro, el refrendo internacional de nuestro sistema financiero.

Con relación a los citados acuerdos, lo que me interesa destacar es que ambos son producto de la fluidez de la relación entre los principales agentes sociales. Por supuesto que lo pactado tras largas negociaciones son reformas menores, incluso muy menores, y conseguidas a base de dejar fuera de su alcance temas cruciales; pero no por eso pueden desestimarse. Sobre todo en lo que tienen de prolongación de una pauta de búsqueda activa de coincidencias a partir de posiciones de partida diferentes, cuando no opuestas. En el mercado de trabajo, el Acuerdo suscrito para la Mejora del Crecimiento y el Empleo continúa la senda abierta con el decenio de 1980; y en el sistema de pensiones, el por dos veces retocado Pacto de Toledo ya ha cumplido más de veinte años. En uno y en otro campo, los resultados arrojan un saldo positivo contrastado: repárese que tanto en términos de creación de empleo y de conflictividad laboral, como en términos de suficiencia económica de la Seguridad Social, todas las comparaciones con los grandes países de la Unión Europea son hoy favorables a España.

A su vez, a mediados de 2006 se ha dado conocer el estudio realizado por el FMI sobre la solvencia del sistema financiero español. Sus conclusiones no pueden ser mejores respecto a la solidez de nuestros bancos y cajas de ahorros, precisamente cuando ambos tipos de entidades están embarcados en un formidable proceso de expansión. En apenas veinte años, el sistema bancario español –los bancos y esa precoz creación de la sociedad civil que son las cajas de ahorros–, se ha convertido en el mejor equipado tecnológicamente y en el más competitivo y rentable de Europa, sin apenas rastro de lo que fue un dilatado pasado de protección, intervencionismo y escasa eficiencia.

Desde ambos flancos, pues, el de la voluntad y la capacidad de pacto, y el del esfuerzo de renovación, componentes de primer orden de la estructura social y económica española dan muestras de notable consistencia.

V. ESTABILIDAD Y DEMOCRACIA

Como cada comienzo de otoño, el tiempo de las hermosas luces amieladas, el protagonismo informativo durante unos días a caballo de septiembre y octubre lo han focalizado, en 2006, los Presupuestos Generales del Estado: su presen-

tación en el Congreso, tras aprobarse por el Consejo de Ministros, y el comienzo de su estudio y debate por los señores diputados. Nada de novedoso en ello. Como tampoco lo es que, en la antesala de un intenso calendario electoral, el Gobierno haya optado en esta ocasión por significativos aumentos en las inversiones en infraestructuras y en ciertas partidas del gasto social, si bien manteniendo el apoyo a la investigación y la apuesta por el superávit, con la previsión de otro buen ejercicio económico por delante. Por lo demás, las imágenes de los sucesivos pasos que exige la tramitación de la ley presupuestaria han repetido un rostro ya habitual en estas lides: el de Pedro Solbes, responsable de Economía y Hacienda.

Pero es en este último punto, precisamente, donde está el auténtico reclamo. Lo que de verdad me parece relevante es la continuidad de quien, por razón de su competencia ministerial, oficia ese rito: Solbes ya lo ha hecho seis veces –tres en la última legislatura que gobernó González y otras tres ahora–, del mismo modo que Rato lo hizo durante ocho ejercicios consecutivos, tantos como Solchaga entre 1985 y 1993. ¡En 22 años sólo cuatro veces ha cambiado de titular el Ministerio de Hacienda, sucediéndose en esa responsabilidad únicamente tres distintas personas! Esto es lo singular. ¿Cuántas veces cambió de mano dicha cartera en la España liberal de Alfonso XIII, en los veintiún años que transcurren entre 1902 y el golpe militar de 1923? En cuarenta y cuatro ocasiones. ¿Y durante la II República, entre 1931 y la sublevación militar del verano del 36? Catorce veces. La comparación –dejando aparte, por lógica, las experiencias dictatoriales– es apabullante.

Apabullante y reveladora del más valioso de los activos intangibles que nutre el patrimonio de nuestra democracia: la estabilidad. Estabilidad institucional y económica. Lo primero porque la España actual es un país que, con la ininterrumpida vigencia de un texto constitucional que está ya cerca de dejar atrás tres decenios, puede alardear de gobiernos duraderos, notable nivel de seguridad jurídica y una sostenida búsqueda de acuerdos por parte de sindicatos y patronales: el acuerdo como un “bien democrático”, se ha escrito con acierto. Lo segundo, porque la economía española también ha alcanzado un apreciable grado de estabilidad, por más que ciertas adherencias desestabilizadoras del crecimiento se hayan hecho resistentes, en particular las que alimentan tensiones inflacionistas. En todo caso, un principio básico ha acabado por calar hondo en la opinión mayoritaria: que la prosperidad ha venido de la mano de la estabilidad; que la falta de ésta siempre se resuelve, antes o después, en una contribución negativa a la actividad económica.

Estabilidad, democracia y economía se han entendido bien en la España de nuestro tiempo. La estabilidad ha contribuido a dotar de consistencia al régimen de libertades y éste ha constituido un buen marco para el despliegue de las capacidades de emprendimiento que alimentan un sostenido proceso de expansión económica, cuyos réditos sociales ayudan a legitimar, a su vez, la democracia. Todo un afortunado juego de interacciones positivas a tres bandas.

VI. UN BUEN PRODUCTO: EL ESPAÑOL

Un paso más en el recorrido del año nos sitúa ya en las últimas semanas de octubre. De lo que ellas han deparado, entresaco –siempre que puedo elijo la botella medio llena– dos novedades que refuerzan esta contundente evidencia: el español nos hace internacionales, con cerca de 500 millones de personas que hablan en los cinco continentes la lengua que tiene como propia una veintena de países. La primera novedad se refiere al Instituto Cervantes; la segunda, a unas jornadas de estudio en la otra orilla del Atlántico.

El Instituto Cervantes ha cumplido sus primeros quince años estrenando sede y publicando la *Enciclopedia del español en el mundo*; aquélla ocupa el noble edificio que el arquitecto Antonio Palacios erigió en 1918 para albergar en Madrid al Banco Español del Río de la Plata, lo que no deja de tener cierto valor simbólico, dado que fue allí, en los vastos horizontes de América, donde el castellano se convirtió en español, esto es, en lengua con proyección universal, un atributo hoy reconocible, como confirma la citada Enciclopedia al dar cuenta pormenorizada de su avance en todo el mundo, con datos sin duda llamativos: 6 millones lo estudian en Estados Unidos, donde el bilingüismo en español comienza a cotizar, otros 11 lo harán no tardando mucho en Brasil, siendo el español preferido en Europa después del inglés. Por su parte, en Montevideo, en la víspera de la XVII Cumbre Iberoamericana, un Seminario académico promovido por Fundación Telefónica, ha hecho aportaciones relevantes sobre el valor económico del español, atendiendo al perfil productivo de su enseñanza como lengua extranjera, a su capacidad para orientar intercambios comerciales y financieros internacionales, a su impacto en los movimientos migratorios, a su determinante influencia a la hora de decidir estrategias de internacionalización empresarial y también a su presencia –tan escasa aún– en la Red.

El español goza, en general, de buena salud. Una doble circunstancia agranda hoy, además, sus posibilidades de convertirse en lengua global, acaso en segunda lengua franca del siglo XXI. De un lado, la excelente labor de homogeneización ortográfica, fonética y sintáctica que están realizando las Academias de la Lengua Española, veintidós en total, haciendo suyo el sabio consejo de Dámaso Alonso: “renunciar a la pureza a favor de la unidad” de una lengua con múltiples focos creativos acá y allá. De otro, la no poco excepcional situación que atraviesan las economías del condominio multinacional del español, pues, junto a nuestro alargado ciclo expansivo, sobresale la afortunada combinación que para buena parte de los países iberoamericanos suponen los altos flujos de inversión exterior, las abultadas remesas de la emigración y, no en último lugar, desde luego, la fortísima demanda y los altos precios de materias primas, de la soja al petróleo y del gas al cobre o al zinc, con el resultado final del mejor cuadro macroeconómico de la región desde hace un cuarto de siglo.

Nuestras economías y ese activo cervantino que compartimos pueden crear, por eso, un círculo virtuoso: lengua policéntrica pero homogénea, el español potencia la actividad productiva y mercantil de economías progresivamente abiertas, internacionalizadas y con muy notables ritmos de crecimiento, y este buen pulso económico, si consigue mantenerse –lo que exigirá competitividad y marcos institucionales solventes– constituirá la mejor justificación y garantía de la lengua que contribuye a hacerla posible. No hay mejor apoyo para una lengua, en suma, que el vigor de la economía y el prestigio de la sociedad que la sostienen.

VII. LO MEJOR, LA ECONOMÍA

Retomaré, a modo de epílogo, el planteamiento inicial de esta exposición: de ahí el rótulo con que lo encabezó: “lo mejor, la economía”. Así ha sido, efectivamente, en el conjunto del año que ahora apunta ya hacia su final. La economía como contrapunto de un panorama tenso e ingrato en otros planos de la realidad durante demasiados meses. “Soy feliz todos los días hasta que leo los periódicos”, ha acertado a decir no hace mucho Rafael Azcona, haciendo gala de ese sobrio humor sombrío que destilan muchos de sus personajes. Y no es para menos: fuera, la guerra del Líbano y nuevos capítulos de la creciente inseguridad que recorre el mundo entero. Dentro, el bronco espectáculo que depara la escena política, la burda rememoración de lo menos memorable de nuestro pasado cainita, el incesante dramatismo de las condiciones en que se produce la avalancha inmigratoria y, para rematarlo todo, la revelación de multiplicados casos de corrupción ligados a los planeamientos urbanísticos y el auge inmobiliario.

Pero el caso es que la economía no ha dejado de aportar novedades halagüeñas. Y tanto en unas como en otras latitudes. Los datos sobre la evolución de las principales economías durante el transcurso de este año son expresivos. Mientras en Estados Unidos la muy larga fase de expansión parece iniciar un suave aterrizaje, en la eurozona, que crece en conjunto más de lo esperado, Alemania da muestras de cierto recuperado vigor, y toda la Unión Europea vuelve a alcanzar niveles apreciables. Por su parte, la expansión japonesa se afianza, aunque con valores modestos, al tiempo que China e India –que crecerán en 2006 por encima del 10 y del 7 por 100, respectivamente– siguen ganando posiciones en la economía mundial. También desde Iberoamérica –ya se ha dicho– los indicadores revelan elevadas tasas de crecimiento en países que han vivido durante años intensas situaciones de crisis: ahí está el ejemplo de Argentina, que ofrece hoy el mejor balance macroeconómico desde hace decenios.

Y España, desde luego, no desentona. Confirmado el más que notable superávit presupuestario de 2005, nos adentramos en la última parte de 2006 con un excelente registro del incremento del PIB, cuya composición, además, deja

entrever que la exportación toma el relevo del consumo, con lo que ello supone para el anhelado reequilibrio del patrón de crecimiento. En el mercado de trabajo, el ritmo de creación de puestos de trabajo se mantiene muy alto y el número de afiliados a la Seguridad Social ha superado los 19 millones por primera vez en su historia (¡casi siete millones más que hace diez años!). La temporada turística, a su vez, ha sido la mejor del último lustro. En fin, no han dejado de sucederse nuevos importantes episodios en la internacionalización de nuestras empresas, acaso el proceso más trascendente de la economía española en este comienzo de siglo. FCC, Endesa, Ebro Puleva, Telefónica, Abertis, Ferrovial, Sacyr, Pescanova, BSCH, BBVA e Iberdrola son algunas de las compañías que, en los últimos meses, han liderado una ambiciosa ampliación de horizontes empresariales, una vasta conquista de posiciones fuera de nuestras fronteras, con participación ya de miles de firmas españolas.

¿Suficiente para consolarse? ¿Compensa esto, todo a media voz, aquel repertorio dominado por el ruido y la furia? Ojalá se cumpliera, a cualquier escala de problemas, lo que Ortega –siempre Ortega– señalara hace más de ochenta años: “cuando lo que está mal en un país es la política, puede decirse que nada está muy mal. Ligerero y transitorio el malestar, es seguro que el cuerpo social se regulará a sí mismo un día u otro”. Abogüemos para que sea más bien pronto que tarde.